

Presentación de *Poesía reunida, 1988-2018*, de Mario Campaña

Librería Rafael Alberti, 14 de febrero de 2019

Gracias a Mario Campaña, gracias a la Librería, a Lola Larumbe

1. No quisiera ejercer como presentador de este libro de *Poesía reunida. 1988-2018* de Mario Campaña, sin hacer hincapié primero en algo que muchos de los presentes saben de sobra, que su autor fundó y dirigió durante veinte años de *Guaraguao*, una revista que es uno de los grandes puentes culturales que existen entre España y América Latina, y un puente que ha sabido combinar la reflexión y la creación, evitando convertirse en una simple revista académica, indexada e indexable, más. En 1996, España ya había inaugurado su política actual de vivir y actuar de espaldas a América Latina en todo lo que no concierne a los intereses económicos; los escritores españoles ya estaban empeñándose en ser europeos. El proyecto de la revista de Mario Campaña remaba en contra de la corriente, desde su nombre mismo. ¿Qué diablos era eso de Guaraguao? Wa-ra-wao: un vocablo taíno, que se usa hoy desde el Caribe hasta Venezuela y Ecuador para referirse, según la región, a variedades distintas de ratonero, gavián y otras aves de rapiña o carroñeras.

Guaraguao es orgullosamente americano y sobre todo, orgullosamente ecuatoriano, porque “El guaraguao” es el título de un cuento inaugural del guayaquileño Joaquín Gallegos Lara, un relato en que el guaraguao, un “capitán de gallinazos”, defiende hasta morir el cuerpo de su “padre”, el hombre que lo cuidaba y fue asesinado a machetazos en la selva, primero ahuyentando a los asaltantes y luego protegiéndolo de los gallinazos y demás guaraguaos que pretendían consumir el cadáver.

Para Gallegos Lara, el guaraguao era, seguramente, la especie llamada *Sarcoramphus Papa*, un ave espectacular llamada también cóndor rey, cóndor de la selva o rey de los gallinazos.

Rescatar, con toda la sonoridad majestuosa de su nombre, al ave paradigmática de Joaquín Gallegos Lara ha sido reclamar un lugar en España, y entre los lectores a veces tan poco curiosos de España, para Ecuador y su literatura. Recordemos que la vida de la revista de Mario Campaña ha coincidido con la emigración masiva de ecuatorianos a España, y recordemos que durante algunos años Madrid se convirtió, en cuanto al número de habitantes, en la tercera ciudad de Ecuador. Mientras tanto, y a pesar de eso, en círculos supuestamente letrados, nadie, o casi nadie en este país se ha interesado en leer literatura ecuatoriana, salvo breves, minoritarias incursiones en autores del pasado como Pablo Palacio y Jorge Icaza, y entre los vivos alguna novela de Javier Vásconez, Leonardo Valencia, Gabriela Alemán o recientemente Mónica Ojeda.

Gracias, Mario, por tu *Guaraguao*. Y gracias por este libro.

2. Después de meses en Ecuador, investigando el impacto de la guerra civil española entre los intelectuales ecuatorianos de los años treinta, me encontré algún día con Mario y descubrimos, hablando, que él era sobrino nieto de Rafael Betancourt, “el tigre” Betancourt, el caricaturista del diario *El Universo*, cuyas ilustraciones yo había encontrado mientras hurgaba en la hemeroteca Carlos A. Rolando de la Biblioteca Municipal de Guayaquil. A él le dedica Mario su primer libro, *Cuadernos de Godric*.

3. Hay un asunto sobre el que he leído versiones divergentes. Las solapas de sus libros cuentan que Mario Campaña nació en Guayaquil. Puede ser así, aunque en el último texto de *Pájaro de nunca volver*, el último de los libros incluidos en esta *Poesía reunida*, el hablante –que algo de alter ego tiene de Mario- ofrece un dato más concreto: “Yo nací y creí en un lugar sin majestad, un lugar llamado Matavilela, y esa es la única identidad que reconozco”. Habrá que decirlo: Matavilela es un barrio de Guayaquil que existe solo en la realidad ficticia de *El rincón de los justos* (1983), una novela de Jorge Velasco Mackenzie. La tercera versión es la que me interesa. Según ella, Mario Campaña nació no en Guayaquil sino en Milagro. Otra fuente que he consultado matiza este dato, y afirma que Mario Campaña no nació en Milagro,

pero allí pasó varios años de su vida. Nacer en Milagro, vivir en Milagro. No es mal asunto.

4. Hay treinta años de poesía en este libro. En su breve “aviso” inicial, Mario Campaña reflexiona sobre el título que dio a ese primer libro, *Cuadernos de Godric*, y sobre el personaje que así se presentó a los lectores desde los versos iniciales: “Yo, llamado Godric / recogedor de amuletos y presagios en la arena / mercader olvidado por antiguas caravanas y crecientes playas / no podré morir si no retornan los caminos / si no renacen mis amigos y mis años”.

Cuenta Mario que se ha dado cuenta, ahora, de “que todos los libros de poemas que h[a] publicado tienen como personaje oculto al primero, a Godric, y que han sido los dilemas de éste los que han quedado representados en esos libros, y que ello fue un ciclo que ha llegado a su fin”.

El nombre de Godric proviene de un santo medieval del siglo XII, muy amante de los animales, que nació en una familia humilde de Walpole, en el condado inglés de Norfolk, y que navegó como comerciante por los mares del norte hasta convertirse al cristianismo en la isla sagrada de Lindisfarne. Godric emprendió los peregrinajes de rigor a Jerusalén y a Santiago de Compostela antes, como cuenta Mario, de hacerse ermitaño e instalarse en Whitby, en una cabaña a la orilla de un río. En una noche de lluvia el río creció, salió de madre y la cabaña de Godric quedó sumergida, pero cuando bajaron las aguas, increíblemente –mejor dicho, milagrosamente-, allí estaban tanto la cabaña como Godric mismo felices de la vida y como si no hubiese pasado nada. Se trata, por supuesto, del milagro que lo hizo santo. En las manos del nacido en Milagro o habitante de Milagro Mario Campaña, Godric se ha sometido a una nueva conversión y vuelve a la vida en la piel del hablante y personaje nómada de los cinco libros aquí reunidos, que lo presentan inicialmente en sus tiempos medievales pero no tardan en lanzarlo a una modernidad cargada de angustia y desarraigo y en un mundo postapocalíptico de desplazamientos migratorios incontrolables.

5. Solo habría que agregar, con respecto a Godric, que ese Whitby en que aconteció su milagro es el mismo puerto al que llegaría, siete siglos después en una goleta rusa cargada de cadáveres, el conde Drácula en forma de perro.

6. La poesía de Mario Campaña está escrita bajo el signo de la errancia. Es el canto errante de un personaje afligido por el insomnio, cuya experiencia de lo real está teñida siempre de un aire fantasmagórico, interferida por hilachas del pasado, recuerdos inconexos de la casa de la infancia y la familia, deformes imágenes devueltas por los sueños.

En *Cuadernos de Godric*, el personaje se ve como uno más de una tribu de “cansados peregrinos” que atraviesan en soledad las ciudades “purgando viejas culpas”. En su cabeza, los tiempos y los espacios se solapan y se confunden: “Cambian de lugar los cuerpos y los nombres / que yacen precariamente en la memoria”. Y avanza, arrastrado por los “confusos mensajes” que lo atormentan, por las “imágenes que [lo] acorralan” y por “voces que saltan de sueños sin sosiego”.

El segundo libro, *Días largos*, abre un paréntesis, un encuentro con el otro, y relata, en la “ciudad cementerio” de Barcelona, un deambular en pareja “por parques, bares / calles inundadas por la lluvia”. Pero la ilusión del encuentro era vana. A Godric la mujer lo dejó solo: “Llegó / y convirtió mi casa en un lugar lleno de voces / Miró a todos lados y dijo / que no hay caminos nuevos / Recogió los recuerdos y desapareció”.

En el tercer libro, *Aires de Ellicott City*, comienzan las imágenes del fin del mundo: “Debo de volver”, dice el yo, “ahora, antes de que estallen / las trompetas que anuncian que el tiempo ha terminado”. Entre las voces e imágenes que llegan a esta nueva encarnación de Godric, atravesando “corredores de humo”, hay una ciudad lluviosa, está la madre que “juega y juega” a las cartas, y está también, el árbol “alto y frondoso (...) en cuya cúspide anida el guaraguao”. Pero la memoria no restituye lo perdido. Los tiempos del pasado no vuelven. Donde había, en la infancia, un portón, “ahora pastan lobos”. El yo es un ser fantasmal, un “emigrante eterno”, es “curcuncho, forastero y forajido”, y sigue su camino sabiendo que no puede, que ya no tiene sentido intentar volver a comenzar, fundar por ejemplo una nueva casa. Todo, para él, se tiñe de irreal:

Corre el gamo en un campo que no hay, y el ave

vuela en un aire que no hay. Y tiembla el pez
en aguas que no hay. No hay.
Vive el hombre una vida que no hay.

Se ha convertido Godric en el “hombre póstumo” de un tiempo que ha llegado a su fin, y “viene –dice- como un perro, oliéndome, la muerte. / Viene a un jeme de mí, con su aliento sucio”.

Después de un nuevo paréntesis, en *el próximo mundo*, un libro más reflexivo, en ocasiones más directo y tajante, esta *Poesía reunida* desemboca en *Pájaro de nunca volver*, un libro que se estrena con el epígrafe “Thou was not born for death, immortal Bird”, un verso de un poeta que tampoco nació para morir, John Keats. Una comunidad vive su pequeño cataclismo ecológico. Encuentra, un día, que el río que le dio vida de repente ha dejado de existir. Espectadores ante el fango, los habitantes huyen a la montaña y comienzan a vagar sin rumbo cierto. El libro relata esa huida, iluminando con imágenes oníricas la fuga postapocalíptica que conocemos de novelas, películas y series de estos años. El nomadismo de Godric se ha hecho comunitario. En “el tiempo del fin del mundo”, todos huyen. En medio del éxodo, el yo del libro, una última reencarnación de Godric, se diferencia sin embargo de los demás por su capacidad de ver más allá, o mejor dicho quizá simplemente de verse:

los pastores cínicos se burlan
del trote de mis caballos en las nubes
con sonrisitas critican mis temblores
separan al yo patológico del yo moral
diferencian entre existir y desear.

yo contemplo una tórrida sucesión
de tumbas abiertas en el cielo
un dulce cementerio de nubes. (...)
a existir tienen derecho todos los estados del yo
me digo: también las alucinadas alucinaciones
que nos mantienen en el combate

pero contra ellas los pastores cínicos oran
en los difusos altares de lo real.

De esas alucinadas alucinaciones, elabora Godric un testimonio del viaje a ninguna parte de él y de los suyos, un testimonio que es a la vez su

testamento en tiempos apocalípticos. Así, el personaje que ha hablado desde hace treinta años en la poesía de Mario Campaña se convierte él mismo, como el pájaro inmortal de Keats, en un “pájaro de nunca volver” que entona sus “memoriosas ofrendas del porvenir”.

Niall Binns

Universidad Complutense de Madrid